

CAPITÁN REGRESA

Por *Elena Kelly*

"¡Capitán!" llamó el Sr. Ibáñez colocando el plato de comida del perro junto a la puerta de atrás. Pero Capitán, cruza de pastor alemán con pastor escocés, no dejó oír, en respuesta, sus alegres ladridos.

El Sr. Ibáñez silbó y llamó nuevamente !"¡Capitán! ¡Capitán, la comida!" Pero nadie respondió.

-Mamá, es extraño. No tengo idea dónde estará -comentó el Sr. Ibáñez más bien para sí mismo que para su esposa que estaba adentro.

-¿Qué dijiste, querido? -preguntó la Sra. Ibáñez.

-Me pregunto dónde estará Capitán. generalmente a esta hora ya está listo para comer.

-Quizás está en alguna reunión del club, con alguno de sus amigos -dijo riendo la señora.

El Sr. Ibáñez vio a su vecino, el Sr. Campos, que estaba regando el césped.

-¿Ha visto Ud. a Capitán? -le preguntó.

-No -respondió el vecino-. Espere un momento, preguntaré a la familia y dirigiéndose a la llave del agua, la cerró. Entrando en la casa, volvió a los pocos instantes sacudiendo la cabeza: -Nadie lo ha visto esta tarde.

-Voy a recorrer el vecindario con el auto -le dijo el Sr. Ibáñez a su esposa-. Tal vez se ha ido a la otra calle.

Cuando el Sr. Ibáñez regresó a la casa, estaba oscureciendo.

-No encontré el menor rastro de él -dijo preocupado-. Si hasta mañana no aparece, pondré un aviso en el diario.

-Mañana a primera hora llamaré al corral municipal -ofreció la Sra. Ibáñez-. Allí podrán identificarlo por la placa de inscripción que lleva en el collar.

Pero en el corral municipal contestaron que no lo tenían ni lo habían visto.

Pasaron los días y las semanas y ningún Capitán volvió para ocupar el lugar especial que tenía en el sofá de la sala, o para jugar con su dueño. Nadie se presentó a reclamar la recompensa que los Ibáñez ofrecieron.

Cada día era menor la esperanza que los Ibáñez tenían de volver a ver su hermoso perro. Finalmente decidieron conseguir otro, y con el tiempo consiguieron otro más. Pero ninguno podía reemplazar a Capitán.

Pasaron meses y años. Capitán se había convertido ahora en un recuerdo querido con un triste fin. A veces cuando el Sr. Ibáñez se sentaba para descansar en el patio o en el sillón de la sala, pensaba: ¿Qué le habrá pasado a Capitán? ¿Lo habrán matado, tal vez? ¿Robado? Nunca consideró la posibilidad de que se hubiera escapado.

De pronto una noche, cuatro años después de la desaparición de Capitán, los Ibáñez estaban sentados en la sala cuando la Sra. Ibáñez levantó la vista de la revista que estaba leyendo y escuchó.

-Parece que alguien llegó a la puerta -dijo, levantándose para mirar.

Cuando abrió la puerta del frente, un tremendo animalazo se abrió paso, y entrando en la sala, de un salto subió al sofá, y ocupó el lugar favorito de Capitán.

-¿Qué es eso...? -exclamó la Sra. Ibáñez y se quedó mirando asombrada.

Su esposo se puso de pie de un salto y corrió, dando apenas crédito a sus ojos.

-¿Capitán? ¿Eres tú, Capitán?

El perro levantó la cabeza para lamer la mano del Sr. Ibáñez.

Con manos temblorosas los Ibáñez examinaron muy excitados al perro, tratando de descubrir cicatrices que les eran familiares, y las encontraron.

Era Capitán -menos su collar y su placa, y cuatro años mayor.



¿Dónde había estado? Los Ibáñez supusieron que había sido robado; pero sólo Capitán estaba seguro de saberlo, y él no lo decía. ¡Había vuelto al hogar y eso era todo lo que importaba!